

EMBARQUE

DE

Nueva Orleans para la Habana

El 28 de Febrero de 1828, despues de oida misa y almorzado, fuimos al muelle y nos embarcamos en un Vapor para la Balisa, donde nos esperaba el Bergantin Americano, que nos había de conducir á la Habana.

Nos acompañaron hasta el vapor, el cónsul Español, el capuchino padre Sedella, Roca de Santi Petri, y una infinidad de españoles y caballeros de la Nueva Orleans, que se despidieron dejándonos á bordo del Vapor. En él nos acompañaron hasta la Balisa Peter Armony y seis comerciantes españoles. Llegados á la Balisa, nos despedimos afectuosamente de Peter Armony, de los comerciantes nuestros compatriotas y fuimos trashedados al Bergantin americano, que estaba listo, con anclas elevadas y estendidas las velas. Nos hicimos á la mar y rumbo de la Isla de Cuba.

Nos acomodamos perfectamente cada uno en su camarote, y el capitan que era un marino muy fino, nos llenó de obsequios, esmerándose en darnos el mejor trato.

El Padre Bringas estaba súmamente triste y Irigoyen y yo le consolamos cuanto pudimos.

Dos dias antes de nuestro embarque, despachamos para Veracruz el misionero que había hecho el viaje anterior á Orizaba. Le escribi dos letras á Remigio Sanabria y vervalmente se le dijo que todo se había desgraciado y que nos embarcábamos para la Habana. Se le aconsejaba que se mantubiese tranquilo en la Casa de Comercio alemana en que estaba colocado, y que lo mismo previniese al coronel Vázquez, sirviendo á su país, hasta nueva orden.

El mismo misionero tenia que pasar á Orizava, á su convento de misiones. De allí, debia pasar á Méjico ó á la hacienda del Marqués del Jaral á participarle la novedad, y recomendándole de parte del Padre Bringas, que se mantubiese tranquilo y sin hacer novedad, hasta nueva orden.

Despues de cinco dias de navegacion, desembarcamos en el muelle de la Habana; Irigoyen y yo acompañamos al Padre Bringas y demas religiosos hasta el convento de S. Francisco, donde fué recibido por el Guardian y los muchos frayes, con las mayores muestras de cariño, y dejándole instalado en su celda, nos retiramos Irigoyen y yo, hasta el dia siguiente.

Irigoyen, me llevó en su compañía á una buena fonda. Despues de haber descansado y almorzado, nos vestimos decentemente y pasamos juntos á la Casa de Don Francisco de Empáran, que era todo un caballero, y franco como un buen hijo de Azpeitia. Fuimos muy bien recibidos, y despues de haber recibido la Carta de recomendación que para él llevamos, nos ofreció con el mayor cariño su casa y facultades. Eran las dos de la tarde, y nos acompañó á la Casa de D. Joaquin Gómez, que vivia en la Calle del Obispo. El mismo Sr. Gómez, nos recibió con notable distincion, ofreciéndose para cuanto se nos ocurriese, asegurándonos que aquella misma noche iria al convento de San Francisco, á tener el honor de conocer un religioso de tanta nombradía y virtudes, como el Padre Bringas, y ofrecerle sus servicios.

Manifestamos á los Sres. Gómez y Empáran el objeto de nuestro viage, y no teniendo relacion ninguna con el Señor Capitan General, les pedimos consejos del modo con que pudiéramos obtener una audiencia reservada, con su excelencia. Entónces el Sr. Gómez nos insinuó que él tenia relaciones con dicho Capitan General, y que se encargaba de la comision y en darnos el resultado. Nos despedimos y fuimos al muelle y á pasearnos por la Ciudad.

A las ocho de la noche volvimos á Casa del Sr. Don Joaquin Gomez, que nos recibió en su despacho, y estando solos, nos dijo: «que el Capitan General nos esperaba la noche siguiente á las ocho, si el reverendo Padre Bringas, estaba repuesto del cansancio de su viage y en disposicion de salir de su convento.» Nos insinuó el Sr. Gomez que el Capitan General le habia manifestado los mejores deseos de recibir-

nos, y ansiaba saber la clase de mision que traíamos y máxime siendo nuestra procedencia de Nueva España. Nos despedimos de Gómez y fuimos á recogernos á nuestra posada.

A las siete de la mañana del dia siguiente, Irigoyen y yo pasamos al convento de S. Francisco, y fuimos introducidos á la celda del P. Bringas, que despues de haber celebrado misa, le encontramos tomando su gicara de chocolate, y nos convidó á que tambien la tomásemos por nuestra parte, que se lo agradecemos. Nos informó que estaba perfectamente tratado en el convento. En la noche anterior estuvo á verle D. Joaquin Gómez y hacerle los mayores ofrecimientos. Le dijo la entrevista que habia tenido con el Capitan General y que para aquel dia estaba señalada la audiencia que habiamos de tener. Segun le dijo Gómez, el Capitan General tenia mucha curiosidad en saber el objeto de nuestra embajada, que necesariamente suponía que debia ser de la mayor importancia, siendo nuestra procedencia de Méjico y la gran fama que disfrutaba él como sabio religioso misionero.

Quedamos convenidos que á la hora de las seis volveriamos al convento en su busca, y nos despedimos de aquel buen religioso.

Volvimos en efecto á la hora citada, y le hallamos listo. Cogió un bordon de misionero, y á las siete y media dadas, nos pusimos en marcha, llevando al P. Bringas en medio, entre Irigoyen y yo.

Subimos al Palacio y entró el recado un Ayudante, de que estábamos allí, y en el instante mandó que entráramos.

El Capitan general, salio á la antesala á recibirnos y con la mayor afabilidad y cariño fuimos recibidos por el Señor Vives, que nos acompañó hasta el salon, llevando al P. Bringas por la mano. El salon estaba bien iluminado y habia un gran velador en cuyo alrededor habia colocados varios sillones. En uno de ellos, colocó el Señor Vives al Padre Bringas, cogió el mismo su sombrero ancho de fraile Francisco, y lo puso encima del velador y mandó á Irigoyen y á mí, que nos sentásemos. Vives se colocó al lado del Religioso, lo tomó y estrechó las manoa entre las suyas y se las besó.

En seguida nos dijo, que siendo la hora de refrescar, iba á llamar á su mayordomo para que se nos sirviese helados y chocolate. El Padre Bringas se lo agradeció y protestó que no acostumbraba á tomar refrescos, y nosotros dijimos

por nuestra parte que acabamos de comer, como así era verdad.

Vives tocó la campanilla, entró un ayudante de Guardia, y le dió la órden que á nadie se permitiese entrar en el salon aquella noche.

Vives nos dijo que esperaba con la mayor ansiedad nuestra presencia, desde que, por medio del Sor. D. Joaquin Gómez habíamos solicitado aquella audiencia, y nos rogó que habláramos.

El Padre Bringas, tomando la venia de su escelencia, con verdadera sencillez y buena entonacion, principiò su discurso y estuvo hablando mas de una hora larga y con la mayor erudicion, en términos que nos encantó. El Capitan General estasiado, y admirado de tanto saber, luego que el Padre acabó de hablar, no pudo menos de exclamar: «en mi vida he oido hablar, padre, á ningun hombre, con la elocuencia que á vuestra paternidad, y así no es estraño que goze tan justamente la reputación que tiene de gran orador sagrado. Hizo un análisis de la guerra de nueva España, y las causas por que se habian perdido para España tan ricas posesiones. Hizo la descripción de aquel pais, de sus habitantes y principalmente de las costas que lo poblaban y sus riquezas, y concluyó por el mejor y único medio que habia, de sacar un verdadero partido para España.

El Capitan General, quedó suspenso por un largo momento, y en seguida dirigió una serie de preguntas al Padre Bringas, sobre la situacion presente de Méjico, á las que satisfizo el padre con otros discursos llenos de erudicion y verdad.

El Padre Bringas le manifestó, que yo era el verdadero autor de los planes en que estábamos ocupados en la Nueva Orleans, y que á no haber ocurrido la invasion de los Filibusteros de la América en territorio de Tejas á aquellas horas estaba caminando la espedicion para Méjico, para sublevar los costas contra los criollos.

Vives nos dijo que la comision que llevábamos era la mas importante de cuantas se habian presentado hasta entonces en aquella Capitanía General y de unas consecuencias incalculables: que merecia ser examinada con el debido detenimiento y reserva, y en otra sesion que se celebraria dos noches despues, para emitir su opinion y determinar lo mas ventajoso á los intereses del Rey. Eran las once de la noche,

y considerando que el Padre Bringas, estaria muy fatigado de tan larga sesion, daba por acabada la de aquella noche.

El Padre Bringas le dijo á Vives, que siendo portador de la esposicion ó manifiesto, que la Junta de la Nueva Orleans, dirigia al Rey, si le parecia conveniente á su escelencia, se la dejaria para que se enterase de su contenido y la reflexionase detenidamente. «Nó, respondió Vives, es mucho mejor que este jóven me la traiga mañana por la mañana á las siete y me la lea y esplique cualquiera duda que pueda ocurrir.»

Quedámos conformes, y despues de haber hecho las demostraciones de mayor cariño al Padre Bringas, nos despedimos, salimos del palacio y acompañámos al Santo religioso á su convento. Iba loco de contento del recibimiento cariñoso que le habia merecido á Vives y concibió las mejores esperanzas sobre el resultado de nuestra negociacion.

La mañana siguiente, fui puntal en presentarme en el Palacio del Capitan General á la hora de las siete. El ayudante de guardia me introdujo en su despacho, que era una modesta estancia, tan modesta como el Sr. Vives, que vestia un pantalon, un chaleco y una chaqueta de mahon, bastante usado.

Su recibimiento fué muy franco y mandó sentarme á su lado y cerca de una mesa de despacho. Me miró y remiró con mucha atención, y dijo: «yó he visto á V. antes de ahora en alguna parte, su fisonomía no me es desconocida. ¿Cómo se llama V.?» Se lo dije. Se puso pensativo, y despues me volvió á preguntar si hacia mucho tiempo que faltaba de España. Díjele que hacia cinco años. «En una palabra, y francamente no caigo en quién es V., aunque su fisonomía no me es desconocida. ¿Vd. se acuerda de haberme visto en España?» «Sí señor,» le respondí. «¿Recuerda V. E. al Padre Giménez, fraile filipino del Convento de Valladolid, de su sobrino Santos Giménez, en cuya compañía y la del General Empecinado y en otro sitio que no le cito, haberme visto el año de 19 y 20 y despues?» «Ya, ya, justamente, ahora caigo. ¿V. es el jóven amigo del Empecinado y del Licenciado Mambri!a?» «Soy el mismo.» «¿Qué vicisitudes le han traído á América?» Le dije que la emigracion y le conté todas mis vicisitudes. Se quedó admirado. Me dió un abrazo y me apeó el tratamiento. «Me tiene V., amigo mio, en posición de poderle ser útil y favorecerle en todo lo que me pida. Ve a V., si V. necesita di-

nero, colocacion ú otra cosa. Mientras esté V. en la Habana, espero que V. honrará diariamente mi mesa». Le di las gracias por todo.

«Vamos á tratar ahora el negocio que les ha traído á Ustedes á la Habana. Anoche quedé encantado del Padre Bringas. ¡Qué elocuente, que saber, que modestia y que facilidad en decir! Me encantó, y sobre todo el seductor estilo con que trató las materias difíciles que presentó. Mi admiracion creció de punto, al ver á un sencillo fraile franciscano, de maneras tan finas no conocidas en religiosos de su orden, que en general en España, todos salen de los pueblos y que uyendo del arado, se refugian en los conventos de San Francisco, donde hacen estudios muy escasos y como se dice en nuestra tierra, para ser frailes de misa y olla. Me pareció ser andaluz de nacimiento, y que sin duda habia adquirido su saber estudiando en la Universidad de Sevilla, en el sacromonte de Granada, ó San Fulgencio de Murcia.» «Nada de eso, está V. muy equivocado, le repuse. El Padre Bringas, es criollo, megicano de nacimiento, é hijo de españoles establecidos y muy ricos de aquella Ciudad. De jóven sus padres le dieron una excelente educacion, y buenos estudios en aquella Universidad literaria. Su vocacion desde jóven fué de ser religioso de San Francisco y del orden de misioneros. Sus padres le enviaron al Colegio de misioneros de Querétaro, donde perfeccionó sus estudios religiosos, se hizo misionero, renunciando las pompas y vanidades, y riquezas que tenia que heredar de sns Padres. Es consumado en el antiguo Idioma Azteca y en los dialéctos de los Indios Salvages.

«Su fervor de misionero fué tan grande, que durante treinta años permaneció entre los indios salvages, convirtió pueblos enteros á nuestra fé, que civilizó y fundó todos los pueblos y rancherías de la Provincia de Tejas, que le consideraban como á su padre, y por un santo, por sus virtudes. Llegada la guerra de la independenciam de España y la invasion de Napoleon, sus agentes secretos principiaron á infiltrar el espíritu y deseo de independenciam entre los criollos de Nueva España. El Padre Bringas salió de las nuevas poblaciones y se restituyó á su Colegio de Querétaro, y en las grandes y chicas poblaciones principió á predicar la obediencia y fidelidad á España y al Rey D. Fernando 7º, haciendo los más relevantes servicios á favor de la metrópoli, hasta que se hizo la in-

dependencia, y en 1827 los independientes decretaron la espulsion del territorio megicano á los españoles, y el Padre Bringas se refugió á la Nueva Orleans.»

«La reseña que me acaba V. de hacer de la historia del Padre Bringas, me dijo Vives, aumenta doblemente el interés y afecto que tengo ahora hacia ese buen religioso.»

«¿Y qué me dice V. de los demás individuos que componen la reunion de la Nueva Orleans?» me añadió Vives.

«En cuanto á aquellos, son españoles por los cuatro costados, comerciantes, apegados á su interés, que justamente sienten y se lamentan de haber dejado el país tan hermoso, que era su paraíso terrenal, han sentido, como lo sintieron los moriscos dejar España, cuando fueron expulsados por Felipe 3º Ellos darian la mitad de su fortuna, por poder volver á la Nueva España, tranquilos el resto de su vida. Peter Armony es muy diferente, es un verdadero judío, se ha metido de buzo en la empresa, por espíritu de especulacion mercantil, creyéndola fácil y á su sombra hacer alijos considerables de contrabando que le indemnizasen con usura sus anticipaciones, pero retraido y frio, luego que ha visto los peligros, aunque siempre es de corazón excelente español.» Vives se rió mucho de este retrato que hice de los comerciantes españoles de América, que por sobre nombre se les conoce con el apodo de *pulperos*. «Bien los conoce V.,» me dijo.

«Dejémonos ahora de reflexiones, y leamos esa famosa esposicion que llevan Ustedes para el Rey.» Se la leí de cabo á rabo y con buena entonacion. Al finalizarla me dijo: «es un gran escrito, ¿lo ha redactado V.?» «No señor, no tengo tanto talento, es redaccion del Padre Bringas,» faltando á la verdad, por no descubrir al Sr. Villalobos. «Escribe, tambien como habla, el Padre Bringas, me dijo el Capitan General, es un grande hombre, digno de ser consejero de un gran Rey, ó Gobernador de una Regencia, es un Jiménez de Cisneros.»

Levantándose de su silla miró su reloj, y me dijo: «son las nueve, hora en que deben estar esperando en la antesala el secretario de gobierno, los escribanos y los gefes de la Plaza, para despachar conmigo sus respectivos negociados. Vuelva Vd. á las ocho de la noche, porque tenemos que hablar mucho acerca del negocio que han traído Ustedes aquí, que es de la mayor importancia.» Al despedirse, me dió la mano y me acompañó hasta la puerta del salon.

Abierta, me encontré con un número de personajes, unos de uniforme y otros de frac y lebita con expedientes y legajos de papeles bajo del brazo. Todo el mundo me saludó y abrió calle, dando importancia á mi persona, por la larga sesion que habia tenido, á puerta cerrada, con el Capitan General y haberme acompañado S. E. hasta los umbrales, diciéndome en alta voz: «no falte V. esta noche.»

Fuí á mi posada, en la que me esperaba con la mayor impaciencia el Sr. de Irigoyen, á quien referí mi entrevista con el Capitan General y que estaba citado á otra para las ocho de la noche.

Le referí lo bien que me acogió Vives, el elogio que me habia hecho del P. Bringas, de quien tenia formada la más alta idea, y finalmente, la lectura que le habia hecho de la memoria redactada por Argote de Villalobos, que le gustó muchísimo. Que habiéndome preguntado que si yo era el autor de ella, tuve precision de decirle, ser el P. Bringas su redactor, por no descubrir al Cónsul de Nueva Orleans.

En seguida, me invitó y pasamos al Convento de S. Francisco á ver al P. Bringas y darle cuenta de todo. Almorzamos, subimos en una volanta y llegamos al convento. Nos esperaba igualmente el P. Bringas con mucha ansiedad. Satisfecha en todos sus pormenores, acerca de la sesion que tuve dos horas antes, no pude manifestarle el juicio esacto de la opinion que el Señor Vives hubiese podido formar de nuestra solicitud. Empero, le aseguré que el language de la esposicion á S. M., que le había leído con todo sentido, le llamó extraordinariamente la atencion, reservándose para aquella noche pedirme las esplicaciones necesarias sobre todos los puntos que contenia la memoria. No olvidé de decirle que Vives habia reconocido en mí, un antiguo conocido suyo, aunque no recordaba dónde me habia visto en España; y despues que le hube dado antecedentes y compañía de amigos suyos en Valladolid, por los años de 1819 y 20, cayó en la esactitud. Esta circunstancia, le había movido á apearne el tratamiento y ofrecirme toda su amistad, su bolsillo y su mesa diariamente.

Por la noche y hora de las ocho fui esacto en presentarme en el Palacio del Capitan General. Me recibió en su despacho, y hallándose á la sazón el General Miranda Cabezon y el Brigadier Coronel del Regimiento de Cataluña, D. Antonio de la Oliva. Al poco rato se despidió de aquellos caballeros, y dió

la órden á un Ayudante de que no diese entrada á nadie en su despacho por aquella noche, y cerró la puerta con llave.

Solos los dos, me cogió de la mano y condujo á un sillón que estaba cerca de su mesa y frente al sillón en que él acostumbraba sentarse. Despues de mil agasajos que le merecí, y habiéndome preguntado por la salud del Padre Bringas é Irigoyen, entramos en materia.

Me preguntó: «¿trae V. la representacion ó memoria que llevan Ustedes para el Rey?» Le respondí afirmativamente, y que además habia hecho la anatomia de los puntos que contonia, para la mas fácil comprension y se la presenté. «Bueno, me agrada este trabajo; porque nos abrevia mucho tiempo.» Leyó el extracto y me dijo: «Estoy conforme con Ustedes en todos los puntos de que se hace referencia en la esposicion, mas en el epilogo de ella, veo que se trata de hacer la revolucion de las castas, sin intervencion del gobierno y las autoridades del Rey. Se trata de la espulsion de los criollos del territorio megicano, ó mas claramente de derribar el sistema de gobierno de los abogados ¿y quién lo sustituye? No lo dicen Ustedes.» Le respondí: «Es muy cierto que este punto, lo tratamos en la memoria encapotadamente, pero el Padre Bringas y todo español de alguna ilustracion y comprension ve que Méjico se ha perdido para España, por ahora y acaso para siempre. Su independenciam la han creádo y fomentado y sostienen los agentes secretos del Gobierno de los Estados Unidos, de la Inglaterra y otras potencias de Europa, para hacerse dueñas de aquel mercado. Los Estados Unidos han aclimatado en el territorio megicano la Sociedad secreta de la masoneria de los Yorkinos, y esta Sociedad fomenta el odio hacia España y los Españoles, y los planes para constituirse y organizarse en república federal, á imitacion de los Estados Unidos, con su libertad de cultos, desarraigando de este modo la religion Católica Romana. El Padre Bringas conoce que el espíritu público, ó la atmósfera que se ha creado en aquel continente, por los trabajos de la Sociedad secreta de York y los amaños de los agentes secretos del extranjero, son opuestos á España y han fomentado un gran odio hacia los Españoles, aumentando el que ha producido la encarnizada guerra que se ha sustentado durante los ocho ó diez años que han batallado por la independenciam. El Padre Bringas desearia ardientemente que, aprovechando Espa-

ña del espíritu religioso del pueblo meicano, del odio que tienen las castas contra sus dominadores los criollos, herederos en el poder de sus padres, se fomentase una revolución de las castas, que él, como yo, creemos muy fácil de realizar, y que se formase un gobierno interino de los gefes de las castas, dirigido por el clero y toda la parte adicta á España. Que esta revolución se ejecutase por los mismos mexicanos, sin intervencion del Gobierno de España. Que esta, realizada la contrarrevolucion, aprovechase entónces indirectamente, el modo mejor de sacar el partido mas ventajoso para la metrópoli. Por ejemplo, reconociendo su independencia bajo las bases mas ventajosas de comercio para España, conservando para esta el territorio de Yucatan y Tabasco; y coronando como Rey ó Emperador de Méjico, á un príncipe Español. Estos son los planes posibles de realizarse en Méjico. Tratar de reconquistar aquel inmenso Territorio, en fuerza de armas, raya en lo imposible. El gobierno de los Virreyes, y la Administracion militar, ha dejado malos antecedentes, é intentar lo de nuevo, no se haria mas que renovar una guerra sangrienta, y consolidar y unir más y más, á las castas con los criollos. Estos serán siempre irreconciliables enemigos del nombre español.»

Concluida mi arenga se levantó Vives de su sillón y se dirigió á un antiguo escritorio que tenia en el despacho, y sacando un gran legajo de papeles, se volvió á su asiento y desató sobre la mesa dicho legajo, y me dijo: «He oido con mucho gusto sus palabras de V. y me alegro me halla hablado francamente, y sin ambages, acerca de los verdaderos planes de la junta ó reunion de la Nuevs Orleans.»

«Yo como Dionisio Vives y español, soy del mismo parecer que Ustedes, respecto al Reino de Méjico y que es perdido para España, y que esto no tiene más remedio que conformarse con la voluntad de Dios, y sacar el mejor partido posible. Pensar en expediciones armadas y tratar de reconquistar aquellas tierras, es creer en lo imposible y gastar lo que no tenemos. Como Capitan General y súbdito del Rey, debo obrar conforme á las órdenes del Soberano.»

«Los generales que han emigrado de Méjico, han presentado diferentes planes de reconquista al gobierno, que todos ellos los tengo aqui, para informar lo que me parezca conveniente. Pero los particulares emigrados de Méjico, residentes

en Paris y Burdeos, donde se han establecido con sus riquezas, para fomentar las de Francia, son los que mas se agitan y proponen los planes de reconquista, que el gobierno me los remite en consulta y dé mi parecer. Vea V. aquí los que tengo informados y por informar. El gobierno no adopta ninguno, porque está imposibilitado de organizar una respetable expedicion, que exige recursos que no tenemos. Sin embargo, el pensamiento del gobierno, está por expediciones y en ningun caso por reconocer la independencia, de parte alguna del antiguo continente americano. En vista de esto, creo imposible que Ustedes consigan resultados favorables, y que harán un viage inútil. Su memoria de Ustedes, vendrá á informe mío, como todos los planes de reconquista, y se consumirán meses y años, antes que ofrescan algun resultado, y se esponen á que sus personas se hagan sospechosas. Como antiguo conocido, y amigo de mis amigos en Valladolid, no puedo permitir que marche V. á España, habiendo salido de ella, como emigrado, por haber pertenido á las filas del Empecinado, sopena de sufrir la misma suerte que aquel desgraciado general. Estese V. quieto aquí, donde nada le hará falta, y lo mismo diré al Padre Bringas, si viene mañana por la noche, segun tenemos convenido.» Eran las once dadas de la noche, me despedí del Capitan General muy afectuosamente y me volví á mi posada.

En ella me esperaba ansiosamente el amigo Irigóyen, y la primera salutación fué el preguntarme cómo me habia ido con el Capitan General. «Ni bien mal ni bien, fué mi respuesta, y le añadí, hemos echado el viage en balde. Vives me ha desengañado de que no podremos hacer nada de provecho con nuestro viage á Madrid y lo peor del caso es, que me ha dado razones, y me ha revelado secretos tales, que me han convencido enteramente,» y le referí el pormenor de la sesión que habia tenido.

Irigóyen se quedó mústio y pensativo. Me dijo que á las nueve de aquella noche, habia recibido un recado del Padre Bringas, participándonos que habia caido enfermo y se habia acostado con una fuerte calentura, y nos rogaba fuéramos á verlo al dia siguiente. Convinimos en hacerlo así, el dia siguiente, y ocultar la parte grave de la conversacion que habia tenido aquella noche con Vives. Tomamos un vaso de ponche caliente y nos acostamos.